

# ¿ES POSIBLE LA EVOLUCIÓN DEL HOMBRE?

---

(Continuación).

La anatomía comparada tampoco nos dice nada acerca del hecho de la evolución. ¿Será más feliz la biología puesta a contribución del esclarecimiento de ese hecho misterioso? Vamos a estudiarlo con un poco de detención.

El mendelismo, que quedó en la oscuridad cerca de treinta años, tal vez porque su autor era un religioso agustino, fué la tabla de salvación a que se asieron los partidarios de la evolución, que ya contemplaban el fracaso de las pruebas hasta entonces aducidas. Pero el mendelismo no la favorece absolutamente.

T. H. Morgan, el investigador más notable sobre los fenómenos de la herencia que ha producido Norte América en estos últimos tiempos, tiene unas palabras que son muy significativas. Dice así en su obra *Evolución y Mendelismo*, págs. 8 y siguientes: «Cuando estudiamos los animales y las plantas vemos que pueden ordenarse en grupos según sus semejanzas. Esta es la base de la anatomía comparada, que es sólo un estudio exacto de los hechos que superficialmente son manifiestos para todo el mundo.

»Los grupos no están fundados en una sola diferencia, sino en un gran número de semejanzas. Tomemos por ejemplo el grupo de los vertebrados.

»La mano y el brazo del hombre son semejantes a la mano y el brazo del mono. Encontramos el mismo plan en la pata anterior de la rata, de lelefante, del caballo y de la zarigüella. Podemos reconocer las mismas partes en la pata anterior del lagarto, de la rana, y aunque con menos seguridad, hasta en las aletas pectorales de los peces. La comparación no termina aquí: encontramos semejanzas en el cráneo y vértebras de estos mismos animales; en el cerebro, en el aparato digestivo, en el corazón y vasos sanguíneos, en los músculos.

»Todos estos sistemas son complicadísimos; pero en cada uno de ellos se encuentra siempre la misma disposición general. Todo el que esté familiarizado con esta prueba llegará, creo yo, probablemente,

a la conclusión de que estos animales han sido creados según un plan preconcebido, o bien que tienen algún otro lazo que los une; pues resulta difícil creer que cosas tan complicadas y, sin embargo, semejantes, hayan podido originarse independientemente; no obstante esto, procuramos convencer a nuestros discípulos de la verdad de la teoría de la evolución, no tanto llamando la atención sobre esta relación, como siguiendo cada órgano desde una estructura sencilla hasta llegar a una estructura complicada.

»Nunca hemos visto que este método deje de tener buen éxito. De hecho sé que el discípulo muchas veces llega a convencerse tan por completo, que se molesta cuando se intenta indicarle, como voy a hacerlo ahora, que las pruebas en favor de su convicción no están por encima de la crítica.

»Como muchas veces nos es dado formar series de estructuras, que se extienden desde las más sencillas a las más complicadas, podemos no ser debidamente impresionados por este hecho, y llegar a la conclusión de que, si encontrásemos series completas, hallaríamos todos los grados intermedios, y de que éstos han aparecido en el orden de su complicación. Esta conclusión no es necesariamente exacta. Daré algunos ejemplos que se han presentado a mi propia observación. Durante cinco años hemos criado la mosca del vinagre, *Drosophila melanogaster*, y hemos encontrado más de ciento veinticinco tipos que se repiten sin variación. Cada tipo ha aparecido súbita e independientemente. Todas las partes del cuerpo han sido afectadas por una u otra de estas mutaciones. Por ejemplo: cambio de muchas clases diferentes han ocurrido en las alas, y varios de ellos se refieren al tamaño. Si ordenamos las alas arbitrariamente por orden de tamaños, se formará una serie casi completa empezando por las alas normales y terminando por las moscas apteras... *El orden en que ocurrieron estas mutaciones no guarda relación alguna con su tamaño; cada una se originó independientemente a partir del tipo silvestre.*»

Las alas de la mosca en el tipo silvestre son rectas. Han aparecido varios tipos en los que las alas están encorvadas hacia arriba, y en el tipo más extremo las alas están enroscadas en el dorso, y sin embargo, no existe relación en la historia de esos tipos.

Se han presentado mutaciones que comprenden la pigmentación del cuerpo y de las alas. La cabeza y el tórax del tipo silvestre de *Drosophila melanogaster* son de color amarillo grisáceo; el abdomen tiene fajas amarillas y negras, y las alas son grises. En nuestros cultivos han aparecido varias clases de tipos más oscuros, que comprenden



desde moscas casi negras, hasta tipos claros que son completamente amarillos. Si se ponen en fila, se puede formar una serie desde las moscas más oscuras en un extremo hasta las de color amarillo claro en el otro. Estos tipos, con las fluctuaciones que ocurren en cada uno de ellos, nos proporcionan una serie completa de gradaciones, *aun cuando, por lo que se refiere a su historia, han surgido independientemente unos de otros.*

Han aparecido muchas variaciones en el color de los ojos: actualmente tenemos en nuestros cultivos hasta treinta y más razas que difieren en el color de los ojos. Algunas de ellas son tan semejantes, que apenas pueden distinguirse. Empezando por el color más oscuro de ojos, el sepia, que es un pardo oscuro, se puede fácilmente formar una serie perfectamente graduada que termine con los ojos de color blanco puro. *Pero esta disposición en serie daría una idea por completo falsa del modo como se han originado los diferentes tipos, y toda conclusión fundada en la existencia de esta serie podría muy bien ser enteramente errónea, pues el hecho de que exista tal serie no tiene relación alguna con el orden en que sus miembros han aparecido.»*

He aquí la desautorización experimental de las series de la anatomía comparada en orden a la determinación del filum de las especies. Aun supuesto el hecho de la descendencia común, las series carecerían de valor alguno probatorio. La coexistencia de los tipos más antagónicos, de inferioridad a superioridad, no podría significar nada acerca del orden de sus apariciones. Las *Drosophilas melanogasteres* apteras proceden de las aladas silvestres, y de éstas descienden otros tipos alados. En las diferenciaciones reales de las razas no existe ningún orden de aparición de tipo, que autorice serie alguna ascendente o descendente. *Van apareciendo sin que obedezcan a ninguna ley precisa de perfeccionamiento, ni en un sentido ni en otro.*

La historia de las creaciones mendelianas desautoriza las seriaciones tomadas de la anatomía comparada, y desvirtúa las conclusiones que quiere sacar la paleontología. La embriología es menos concluyente, si cabe, que la paleontología y la anatomía comparada. Prescindiendo de las mistificaciones clásicas de Haeckel y suponiendo por un momento que en realidad se pudieran descubrir en el embrión fases semejantes a una serie de tipos preordinados según una idea preconcebida evolutiva, ¿significaría eso algo en orden a la demostración del hecho de la evolución? La biología de la herencia guiada por los descubrimientos de Mendel destruye todas las conclusiones evolucionistas de la embriología. Veamos cómo.

No hemos de movernos del terreno de los hechos. La herencia tiene sus límites y esos límites están circunscritos siempre a la especie que no es nunca rebasada. Las variedades aparecen como espontáneamente, se cruzan, se combinan, vuelven a los tipos primitivos, pero a pesar de la delicadeza de los cultivos, delicadezas que no se dan en las generaciones espontáneas de la libertad, las especies no se cambian sino que permaneciendo inmóviles varía su ornamentación, siempre también, dentro del círculo de leyes definidas. Es que los vectores de esas modificaciones de ornamentación se encuentran en los cromosomas específicos, y la experiencia nos dice que en realidad no se multiplican, y que en la combinación de caracteres nada se introduce de nuevo, sino que entre lo ya existente hay dominantes unas veces en un sentido y otras en otro.

Un amante de los problemas de genética, se expresa con toda claridad, apoyando en los hechos sus afirmaciones. J. Navarro de Plasencia concluye de los experimentos hasta ahora verificados: «Las modificaciones externas que en el organismo vivo producen las condiciones del medio en que vive, no son incorporadas a la corriente hereditaria por el mero hecho de su aparición. Para que tales caracteres puedan ser materia susceptible de ser heredada, han de quedar modificados también elementos de la cromatina que regulan los procesos hereditarios en la división del germen, sin lo cual la descendencia no experimenta influencia alguna respecto al carácter o modificación en cuestión.» Y para probar que en realidad todas las modificaciones que se puedan presentar debidas a circunstancias externas, aunque lleguen a influir profundamente en la constitución del organismo, no contribuyen a la aparición de nuevos caracteres, si no bajan a los elementos integrantes de la herencia en el germen maduro, aduce las experiencias de Castle y Philips. «Estos biólogos, dice, cruzaron diversas clases de conejos de indias, albinos y negros. Cruces entre albinos producían individuos de la misma clase, así como los negros daban descendencia del mismo color; mas hecho el cruce entre albinos y negros, se obtenían hijos todos negros; y cruzados entre sí éstos, en el primer cruce reproducían los caracteres de los padres en la proporción de tres negros por cada albino. Todo ello demostraba que el color negro era dominante sobre el albino. Posteriormente tomaron una hembra albina a la que extirparon los ovarios, ingertándole los de otra hembra negra, y en tales condiciones cruzaron esta hembra con un macho también albino. En contra de lo que pudiera creerse, los descendientes fueron negros, y los hijos de éstos, negros



y albinos, en la proporción de tres a uno independientemente del color externo de la hembra operada.» El carácter de los descendientes era, pues, independiente de circunstancias somáticas y sólo variaba en relación con las condiciones de las células germinales.

En zootecnia existen prácticas que se van repitiendo de generación en generación. Se descola a las ovejas y se marca a los lanares con cortes variados en las orejas, así como se yerra a los vacunos y yeguarizos. Sin embargo esas modificaciones externas no llegan nunca a pasar al lote hereditario. Los animales nacen con cola, con las orejas íntegras y sin marca alguna.

Los genes parecen ser completos y específicos. Su influencia en el desarrollo es completamente desconocida. La preponderancia de unos sobre otros caracteriza los tipos, así como la simultánea acción de varios a la vez nos ofrece modificaciones temperadas. Muchas mutaciones que se presentan repentinamente desaparecen y no se presentan como hereditarias. La variedad es curiosa, sobre todo en las disimetrías. Todo induce a creer que los factores hereditarios son constantes y que se manifiestan en una u otra forma según las combinaciones en que se dispongan en los gérmenes. La aparición de trastornos que se presentan como nuevos caracteres y que luego no se fijan en la herencia es probable que se deban a trastornos endocrinológicos.

Pero los genes son tantos y sus combinaciones tantas también, que ofrecen al observador problemas verdaderamente laberínticos. En mi laboratorio se han presentado casos curiosos. Una coneja blanca cruzada con otro blanco, da cinco conejitos todos blancos. Una coneja blanca cruzada con un macho gris, da un conejito blanco de ojos rosados como la madre, pero de pelo doble más largo que el de la madre, cinco grises y uno gris con pechera y collar blancos. Una negra cruzada con un macho gris, da cinco negros, dos negros con una manchita blanca en la frente y uno negro sucio uniforme por la mezcla de negro y gris. Una coneja blanca cruzada con un macho gris da cuatro blancos con orejas blancas y negras, ojos negros con aureola negra y manchas negras asimétricas, uno negro con manchitas blancas, uno mezcla de rojizo y pardo y dos rojizos. Los blancos tienen el pelambre ensortijado. Es indudable que esos caracteres hereditarios estaban en las células germinativas. Unos en unas y otros en otras. Lo que quiere decir, que no todos los elementos gaméticos gozan de la misma combinacin de genes, y que el cálculo de probabilidades es muy difícil en muchos casos.

Todo ese conjunto de modificaciones hereditarias que fundamenta

la aparición de las variedades, no modifican en realidad las condiciones de las especies. Se trabaja con variedades, pero las especies no pierden sus características. Los desarrollos ontogenéticos marchan siempre inflexiblemente encuadrados en moldes determinados, dándonos los mismos tipos diversamente ornamentados. La genética no ha creado todavía diversas especies, ni siquiera sabe cómo puedan introducirse factores verdaderamente nuevos que multipliquen las variedades. Las variaciones que se deben al medio y que para algunos han constituido verdaderas especies, no son más que variedades esmirriadas o distróficas, o casos de verdadera hipertrofia. Todo nos lleva como de la mano a creer, que el idioplasma es absolutamente específico e inmutable, aunque disponga de innumerables factores que le ayuden en la diferenciación a la variedad de donde provengan las razas. ¿Existe en cada individuo todo el complejo de factores que integra todas las variabilidades, y sólo espera condiciones determinadas para manifestar la preponderancia de los unos sobre los otros? Es probable, y eso nos explicaría la unidad específica en la maravillosa policromía de las variedades.

Pero la biología experimental no se contenta con eso y tiene razones para afirmar la fijeza del idioplasma. Y si ello fuera así, la evolución no sólo no sería un hecho adquirido y probado, sino que sería simplemente imposible.

La ontogenia arranca de un óvulo fecundado, célula primordial sobre que se edifica la fábrica maravillosa de cada organismo. Las gametas maduras aportan cada una la mitad de los elementos integrantes de dicha célula y con ellos los factores hereditarios que han de dar origen a las variantes individuales en el transcurso más o menos laborioso del desarrollo embrionario. Factores endógenos y exógenos concurren a ese desdoblamiento de la célula primitiva, pero todo ello va presidido por un principio vital ordenador de la diferenciación hasta llevar al germen único en su principio a la complejísima variedad del todo específico. Ese principio es innegable, explíquesele como se quiera. Mora en el óvulo y se extiende a todo el complejo dándole la más perfecta unidad funcional y por ende teleológica.

Cuando se examina el organismo completamente diferenciado, se discute si en cada uno de los tejidos que lo integran, existe o no especificidad en el protoplasma funcional. La especificidad absoluta es con sobrada razón rechazada, pues aboga por la indiferencia protoplasmática no sólo la experiencia de transformaciones de unos tejidos en otros, sino, y de una manera a mi ver contundente, el origen



primitivo común. Esa indiferencia que aparece claramente en los primeros estadios de la mórula y que es como el fundamento potencial de las variedades cito-funcionales, se apoya, por decirlo así, en algo absoluto, específico y constante que es el diferenciante primitivo celular y después base constante de las diferenciaciones específicas. Las células de dos especies diferentes tienen un fondo irreductible. Por eso en ellas todo es específico y hasta cierto punto incomunicable. El fracaso de las heteroplasias, la especificidad de las afinidades sexuales, la constancia irreductible del medio interno cuya alteración determina la muerte de la célula, lo característico en cada especie de los procesos tróficos, que producen la especificidad de la asimilación, la constancia endógena de los genes invariables por la acción de factores exógenos, todo ese cúmulo de hechos que han llevado a la genética a la persuasión de que si puede crear razas, no puede crear verdaderas especies; llevan al entendimiento la persuasión de la constancia esencial y específica de las células de cada organismo, dentro de sus límites propios que los separan de todo lo que no sea su propia especie.

La biología ha sido el más formidable enemigo de la mutación de las especies. Ellas no rebasan nunca sus fronteras de hecho; la citología parece concluir que ni siquiera puede rebasarlas.

La paleontología, la anatomía comparada, la embriología y la genética no sólo no nos dicen nada que establezca el hecho de la evolución, sino que atendiendo a la experiencia conquistada por los citólogos en general, podemos afirmar que hoy por hoy no sólo está lejos de ser comprobado el hecho, sino que puede ponerse en duda la misma posibilidad de la mutación específica.

Si esto es verdad considerado el problema desde el punto de vista general, ¿qué hemos de pensar acerca de la evolución del hombre en particular?

El origen del hombre presenta dos problemas complejos. El problema biológico y el problema psicológico. Ambos problemas están de tal suerte enlazados entre sí, que separarlos sería mutilar la naturaleza humana sin que asista para ello razón alguna. Vamos, pues, a considerar su origen en sus dos fases, morfológica y psicológica, para después analizarlo todo en su conjunto integral.

#### EVOLUCIÓN MORFOLÓGICA HUMANA

Al tratar de la antigüedad del hombre, hemos descartado ya su existencia más allá del Pleistoceno. En el momento actual de la ciencia que ha abandonado ya las fantasías del hombre terciario, la con-

clusión del Congreso Antropológico de Berlín, tienen toda su fuerza. *El hombre se presenta en el cuaternario tanquam verus Homo novus, sin ancestrales.*

Para los que, a pesar de todo, admiten la fantasía de su evolución como un dogma, las correlaciones filéticas están absolutamente en las sombras. ¿Cuáles son los ancestrales del hombre? ¿Cuáles son las líneas derivadas del tronco común? He aquí dos incógnitas inexplicables.

La paleoantropología ofrece una enorme bibliografía en la cual abundan las fantasías cuando escasean las realidades. Las correlaciones del hombre y los antropomorfos ya no significan hoy, porque es demasiado evidente, enlace mútuo de descendencia. Los antropomorfos, paleontológicamente son contemporáneos del hombre. Es menester buscar el entronque común de entrambas categorías de seres. La paleontología se muestra avara de sus tesoros si es que los anaquelles de los estratos geológicos guardan restos que puedan arrojar alguna luz sobre el discutido problema. Boule es acerca del particular perfectamente explícito. Los documentos paleontológicos acerca de los primates superiores no sólo son escasos, sino de muy escasa importancia. Fuera del Mesopiteco y Dolicopiteco que son relativamente poco interesantes por ser muy afines a los monos de cola actuales, no tenemos más que pequeños fragmentos y a lo más algunas mandíbulas muy incompletas (1). Por eso el paleoantropólogo de Pa-

(1) He aquí el cuadro que nos resume el estado actual de los descubrimientos de los

#### PITHECOS FOSILES

Norte América	Cope	Anactomorphus	Cráneo. Lemúrido.
Sud América	Ameg.	{ Homunculus Anthropops	{ Pequeños fragmentos
Egipto-Fayoun	Schlosser	Propliopithecus Haek.	Dos mandíbulas
Mioceno-Sansan	Lartet	Pliopithecus Antiq.	Contemporáneo del Gibon
Toscana	Gervais	Orcopithecus Bambol.	Semejante a los cinocéfalos
Saint-Gardens	Lartet	Dryopithecus	Una mandíbula incompleta
Mioceno-Eppelsheim		Pliohylobates	Un íemur
Grecia-Pikkerni	Guadry	Mesopithecus Pik.	Esqueleto-piezas 30 individuos
Asia	Pilgrin	Sivapithecus	Dos dientes. Trozos mand.
Perpignan		Dolicopithecus	Esqueleto
Suabia		Anthropodus	
Hungria		Grypoptithecus	Pequeños fragmentos
Terrenos pliocenos		Macacos de Montpellier	
Pitldown		Eoanthropos	{ Homo o antropomorfo? Una mandíbula
Trinil	Dubois	Pithecanthropus	{ Homo o antropomorfo? Calota oraneana, fémur y dos dientes.

¿Qué puede edificarse sobre estos fundamentos?



rís, llama la atención de los paleontólogos para que el amor propio no los lleve a fantasear más de lo justo. A pesar de esas advertencias, la fantasía vuela mucho más de lo que permite el espacio de las investigaciones y por eso las hipótesis van cayendo unas en pos de las otras.

No existen elementos fósiles que nos guíen en la búsqueda del común ancestral. Los restos humanos se presentan escasos, incompletos, muy fragmentados y rodeados de mucho bagaje de ideas preconcebidas (1). La crítica ha descartado la antigüedad de los restos de

---

(1) He aquí las bases sobre que se establecen las conclusiones del hombre fósil:

1700—En Cannstadt, cerca de Stuttgart, se hallaron fragmentos de un cráneo de antigüedad muy discutida.

1844—En las cenizas del Denise, cerca de Le Puy, aparecieron fragmentos de cráneo y otros huesos de autenticidad muy discutida.

1863—En Moulin Quignon, una mandíbula muy discutida.

1863—Cráneo del Olmo, de edad muy incierta.

1870—Esqueletos de Clichy y Grenell, alubiones parisienses. Descartados.

1888—En Galley-Hill aparecen trozos de cráneo y otros huesos de antigüedad dudosa.

1912—En Ipswich, un esqueleto muy reciente.

Sólo quedan de antigüedad más o menos bien determinada de data Chelense o Achelense, los hallazgos de:

1907—En Mauer, a diez kilómetros de Heidelberg, una mandíbula, y en

1912—En Piltdown, fragmentos de mandíbula que se discute si es humana.

Después de los descubrimientos de la calota de Neanderthal, entre Dussendorf y Elberfeld, en 1856, se tiene en:

1864—Gibraltar, fragmentos de un cráneo.

1866—La Naulette, una mandíbula.

1871—Weimar, un molar.

1886—Spy, un cráneo, dos calotas, partes de la cara y varios huesos largos pertenecientes a dos esqueletos. En Malarnaud una mandíbula.

1899.—Krapina, fragmentos de 10 a 12 cráneos; 14 pedazos de mandíbula, 144 dientes aislados, vértebras, costillas, etc.

1895-1902—En Grimaldi, vario esqueletos.

1908—Chapelle aux Saints, un cráneo y restos incompletos de un esqueleto.

1909—Moustier, fragmentos de un cráneo; reconstrucción y data geológica discutidos.

1909—Ferrassie, dos esqueletos de hombre y mujer.

1911—La Quina, cabeza mal conservada.

1915—Bañolas, fragmentos de un cráneo.

#### RESTOS ATRIBUÍDOS A LA EDAD DEL REÑO

1866—Cro-Magnon, cinco esqueletos.

1872—Laugerie Basse, un esqueleto.

Ganstadt, de Denise, de Moulin Quignon, del Olmo, de Clichy y Grenell, de Galley-Hill, y de Ipswich, dejando solo para el Chelense o Achelense las mandíbulas de Mauier y Piltdown. Los restos que luego van apareciendo en las diversas partes del mundo solo ofrecen una antigüedad relativa, pero siempre posterior al Chelense o Achelense.

Voy a hacer una observación que me parece básica en el asunto de que tratamos. Los ancestrales humanos no han sido hallados todavía. Los restos ofrecen contemporaneidad a industrias humanas perfectamente definidas. Los restos son pocos y frecuentemente muy fragmentarios. Y sin embargo sobre esos restos se establecen razas fundamentalmente diversas. Las características raciales no están fundadas sobre un número suficiente de datos que las justifique. Proce- diendo de ese modo podríamos establecer razas hasta entre miembros

---

1872—Sorde, un esqueleto.

1872—Grutas de Grimaldi, un esqueleto.

1873—Buoso da Torre, tres esqueletos.

1874—Gruta d los niños, dos esqueletos.

1888—Chancelade, un esqueleto.

1891—Brünn, un esqueleto.

1894—Moravia, 14 esqueletos y restos de otros seis individuos.

• 1894—Ain, un esqueleto.

1884—Grutas de Grimaldi, un esqueleto destruído del que se conserva parte del cráneo, luego otros varios esqueletos.

1895—Gruta de los niños, cuatro esqueletos.

1910—Combe Capelle, un esqueleto.

1914—Obercassel, dos esqueletos de hombre y de mujer.

1914—Talgai, cráneo mal conservado.

1914—Oldoway, un cráneo.

1914—Boskop, fragmento de calota.

1915—Ho-nan, un sacro.

De propósito omitimos otros muchos hallazgos, y en particular todos los americanos, pues los grandes maestros están esperando todavía las pruebas del hombre fósil americano. La enorme fantasía del exdirector del Museo Nacional de Buenos Aires Florentino Ameghino, ha llamado la atención del mundo antropológico. Nadie se hubiera atrevido como él, a establecer toda una filogenia sobre osamentas tan insignificantes y de procedencia absolutamente desconocida. El atlas de Monte Hermoso es humano, la calota del puerto de Buenos Aires es indiscutiblemente humana, los fragmentos de Necochea y Miramar, así como los cráneos incompletos de Arroyo Siasgo y del Moro, son perfectamente humanos. Pero lo que llama la atención es que sobre elementos tan despreciables e incompletos y de procedencia tan insegura, haya querido edificar toda una filogenia. Por eso Boule, haciéndose eco de todos los antropólogos del mundo, lo llama sencillamente, *soñador*.



de una misma familia. De una urna de un panteón abandonado extraje dos axis de caracteres diametralmente opuestos, y sin embargo, pertenecían a miembros de una misma familia.

Quatrefages recuerda que la calota de Neanderthal tenía semejantes no sólo entre cráneos que pertenecían a los tiempos históricos, sino entre los que entonces vivían. Las variaciones individuales no han de tomarse como caracteres raciales, so pena de multiplicar las razas indebidamente. Ahora bien; esto es lo que prácticamente se ha hecho con demasiada frecuencia tratándose de elementos aislados en paleoantropología. Elementos más o menos aislados no pueden nunca fundar generalidades.

No es que pretenda negar la existencia de las razas, sino que me parece llamar la atención contra la facilidad con que se señalan caracteres de filiación, cuando sólo nos hallamos frente por frente de variabilidades individuales.

Por lo demás, los restos paleontológicos que estudia la antropología pertenecen solamente al hombre, cualesquiera que sean los distinguos que los acompañen. Y los árboles genealógicos existen sólo en la floración de la fantasía científica. Desde el punto de vista paleontológico, ningún filum está menos fundado que el humano, y por eso los paleoantropólogos que decididamente creen como en un dogma de fe en la evolución del hombre, viéndose forzados a confesar que la paleontología niega todo fundamento para establecer un filum que no sea criticable, recogen las velas como lo hace Boule, y sostienen que si todavía no han aparecido los restos que integran las series apetecidas, con todo, la anatomía comparada, la embriología y la biología dejan fuera de duda los valores de la asendereada hipótesis.

Ya hemos analizado los valores de la anatomía comparada con respecto a la teoría general de la evolución. Las semejanzas arquitectónicas no probarán nunca descendencia, esto aun en el caso de que esas semejanzas se pudieran seriar en conjuntos armónicos y con riguroso orden de tiempo. Ahora bien: las semejanzas del hombre con otros animales son tan remotas en su conjunto, y están tan desprovistas de elementos seriados paleontológicos, que no dan derecho a concluir absolutamente nada. La falta absoluta de términos desacreditan toda argumentación. Son los mismos antropólogos evolucionistas los que van destruyendo todas las construcciones que levantan los colegas de su propio campo. Si no fuera irreverencia, cabría comparar esas lides literarias que se mezclan en los campos de la ciencia con los conatos estériles de los niños que se empeñan en re-

solver un problema insoluble por falta de datos. Todos ven la falsedad de la solución dada por el del lado y al empeñarse de dar otra solución quedan también al descubierto entre los primeros.

La paleontología humana y aun prehumana dentro de las hipótesis evolucionistas, carece en absoluto de términos, y por eso el fracaso de la anatomía comparada es en el problema que nos ocupa absoluto. Y si la anatomía comparada nada nos puede decir acerca de la evolución del hombre, la embriología por su misma naturaleza queda descartada de la solución del problema. La embriología nos muestra la ontogenia del ser, y al mismo tiempo, al entrar en la serie de las comparaciones, al convertirse en embriología comparada se ve obligada a decirnos que la ontogenia es específica en cada especie. El trofismo, el medio interno, las afinidades celulares y sexuales, todo le está diciendo al embriólogo que cada ser se desarrolla de una manera particular, siquiera en los trazos generales sigan más o menos un camino parecido. Argüir de la diversidad de los estadios ontogenéticos a los estadios hipotéticos de la filogenia, es sencillamente una falta de lógica: es suponer precisamente lo que se trata de demostrar: que el hombre tiene filogenia.

La Biología no favorece en manera alguna la hipótesis de la evolución aplicada al hombre. La inmutabilidad del idioplasma, que parece quitar a la evolución hasta la posibilidad, es también aplicable al hombre.

Somáticamente no puede establecerse para el hombre ningún filum. Veamos a qué conclusiones nos lleva la etnología y la psicología comparada.

JOSÉ M. BLANCO.